



**XXXVII Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación
Educación en la Sociedad de Conocimiento y el Desarrollo
Sostenible**

**La Laguna 11 al 14 noviembre 2018
Universidad de La Laguna**

PLANTILLA DE ADENDA

Autor/es:

José L. González-Geraldo

Título de la adenda:

Apología de una pedagogía de la desesperación

Ponencia a la que se dirige la adenda:

Ponencia 3: Una pedagogía ética para un desarrollo sostenible

APOLOGÍA DE UNA PEDAGOGÍA DE LA DESESPERACIÓN

José L. González-Geraldo
Universidad de Castilla-La Mancha

Resumen

En todas las ponencias se aboga por el desarrollo sostenible; ninguna se cuestiona que la sostenibilidad valga la pena o, yendo incluso más lejos, qué es lo que vale la pena sostener. La presente además se empantana sin parapetarse en la ética pesimista que subyace al absurdo de la vida para, desde ahí, cuestionarse los principios de la sostenibilidad en su más amplio sentido. A raíz de estas reflexiones, se aboga por una *pedagogía de la desesperación* en la que el amor, el saber y el poder conforman sus tres pilares principales.

Palabras clave: Pedagogía de la Desesperación; Desarrollo Sostenible; Teoría de la Educación; Filosofía de la Educación. Existencialismo.

1. ¿VALE LA VIDA LA PENA?

Si, tal y como afirmaba Dilthey, la última palabra del filósofo es la pedagogía, ¿por qué no aceptar que la primera del educador ha de ser de corte filosófico? Partiendo de esta premisa, ¿cuáles son las grandes preguntas que han preocupado desde siempre al ser humano? Por falta de espacio aterrizaremos directamente en la que, coincidiendo con Camus, es la más importante de todas: “¿la vida vale o no vale la pena ser vivida?” (1942, p. 13).

El propio William James (1895) se hizo esta pregunta a raíz de un libro escrito por William H. Mallock bajo ese mismo título: *Is life worth living?* (1880). Más allá de la obvia respuesta “depende de quien la viva”, llegó a una serie de conclusiones afirmativas. Así, ante una audiencia de jóvenes cristianos de Harvard, James afirmó que el pesimismo es esencialmente una enfermedad religiosa, pero sin limitar sus justificaciones al hecho de tener o no tener fe, pues también opinaba que: “... the initial step towards getting into healthy ultimate relations with the universe is the act of rebellion against the idea that such a God exists” (ibid., p. 10). Una rebelión previa a su aceptación, pero que serviría para darle valor a la vida pues:

... mere instinctive curiosity, pugnacity, and honor [sic.] may make life on a purely naturalistic basis seem worth living [...] A poor half-way stage, some of you may be inclined to say; but at least you must grant it to be an honest stage. (Ibid., p. 15).

Si aceptamos que Dios existe la pregunta queda resuelta: sí, vale la pena. No hay más; cuestión de confianza, un salto de fe, esperanza absoluta. No obstante, durante el espacio que nos queda negaremos la mayor para acotar mejor la pregunta y solventar el comodín del creador.

Como era de esperar, todas las ponencias de este SITE abogan por el desarrollo sostenible, por lo que entendemos que la respuesta a dicha pregunta ha de ser necesariamente afirmativa. Sin embargo, nada nos impide replantearla para responder que la vida no vale la pena ser vivida y que, por tanto, tampoco hay necesidad de sostener lo que nadie eligió. Un ejercicio pesimista e incluso inquietante, pero tan interesante como quizá necesario si nuestro objetivo, coincidiendo con los ponentes al citar a Martínez et al. (2016, p. 10) es: “formar mentes intranquilas y hambreadas...”, o el de, citando a Chomsky “averiguar la verdad sobre las cuestiones más importantes, y difundirla lo mejor que uno pueda...” (2001, pp. 28-29).

La ponencia aboga por conciliar la utopía y la realidad (Carrillo, Prats y Prieto, 2018, p. 19), imaginando un futuro “a contracorriente de fatalismos y paralizaciones” (ibíd., p. 20). El problema reside en que no todas las utopías son *eutopías* -buenos lugares-, pues los peligros de cualquier distopía -alienante y negativa- penden siempre sobre ellas. Si bien es cierto que todavía hoy persisten los nudos gordianos detectados por Mayor Zaragoza: medio ambiente, democracia participativa, etc. quizá deberíamos al menos plantearnos si todos pueden quedar reducidos a uno solo, la vida, y si, tal y como Alejandro Magno decretó al conquistar Frigia y enfrentarse al reto de Gordias, da lo mismo cortar que desatar.

2. EL PRIMER DÍA DEL FIN DE LA HUMANIDAD

Siguiendo a Zapffe: “One night in long bygone times, man awoke and *saw himself*” (2004, p. 35). Quizá ese día fuera, si nos engalanamos de pesimismo, el primer día del fin de la humanidad. La aparición de la consciencia, pieza necesaria para la conciencia, marcó sin duda nuestro devenir, pero esta *ciega mutación*, que sin duda jugó un importante papel inicial en nuestra supervivencia -aquí estamos-, puede ser interpretada como una espada de doble filo “without hilt or plate” (Ibíd.) destinada a ser usada por su portador contra sí mismo, a no ser que, como sugiere Zapffe, la reprimamos conscientemente.

Bajo esta reflexión, es ciertamente difícil conseguir el deseable objetivo que defiende la ponencia cuando dice “...ya no podemos resignarnos a sobrevivir en entornos asolados, ni acomodarnos al aislamiento del coexistir. Hay que movilizarse y despertar el deseo de aprender

a crear vida y aprender a vivir en el más amplio y bello sentido” (Carrillo, Prats y Prieto, 2018; p. 6). Así, ya no estaríamos hablando de la ilusoria e infinita búsqueda de un tesoro llamado investigación sostenible, sino de la imposible y frustrante búsqueda del sentido de la vida, y mucho más de aquella que tildamos como *amplia y bella*.

3. EPPUR SI MUOVE

El combinado entre pesimismo y existencialismo, tal y como lo hemos jugado maniqueamente en los últimos párrafos, nos deja una única -y trágica- salida para los vivos y abre un peligroso abanico antinatalista para los que pudieran venir. No obstante, mirar al abismo con las suficientes precauciones, bien equipado, debería ser un ejercicio revitalizante y no paralizante. Sísifo, tal y como nos lo idealiza Camus (1942), *puede* bajar la ladera de la montaña victorioso, sintiéndose *dichoso en su desdicha*. Puede, si lo desea y se prepara para ello. Como educadores, hemos de creer en el libre albedrío pues ¡no nos queda otra opción!

Así, se comprenden mejor las apologeticas palabras de Sartre en su manifiesto *El existencialismo es un humanismo* (1946) donde, esquematizando -en exceso- sus propias tesis, trata de liberarlo de las críticas de quietismo y desesperación, entre otras. Según sus palabras: “... entendemos por existencialismo una doctrina que hace posible la vida humana...” (Ibíd., p. 14). Si la hace posible, en definitiva, es que *puede* suceder, estando del lado de esa “Pedagogía abierta a la vida y a la verdad” de la que habla la ponencia (Carrillo, Prats y Prieto, 2018, p. 19).

Quede claro que el camino de la existencia sobre la esencia, donde el ser humano no es otra cosa que lo que él hace de sí mismo, no es *el* modo de darle sentido a la vida, pues podríamos entrar a discutir, por ejemplo, las diferencias entre posicionamientos existencialistas cristianos (Jaspers o Marcel) o ateos (Heidegger o el propio Sartre). No obstante, sin ser *el* camino no deja de ser *un* camino; un camino donde el arma de doble filo -la consciencia- se pone a disposición del que la usa incluso sabiendo que *puede*, en principio, ser doloroso pero que, sin embargo... consigue que algo se mueva.

4. TENEMOS QUE CULTIVAR NUESTRA HUERTA

Quizá vivamos en el mejor de los mundos posibles. De cualquier forma, el propio Cándido (Voltaire, 1759) deja claro que sea o no sea el mejor de los escenarios posibles, al final hemos de “cultivar nuestra huerta”. Dicho con otras palabras, hemos de ponernos manos a la obra para hacer que nuestra vida, a través de nuestras acciones, acabe floreciendo. De nuestras obras -trabajo en sentido amplio- depende que acabemos por *sembrar* sentido a nuestra existencia.

Sin embargo, la deriva de la sociedad en la que nos encontramos inmersos, donde el trabajo es la norma y el ocio una simple interrupción -¡si los clásicos griegos levantaran la cabeza!-, hace que el *cultivo*, lejos del *cuidado*, se convierta en mera *explotación* latifundista. Así:

La conciencia solo es completamente libre cuando también está liberada del imperativo del trabajo. [...] La *vita activa* sigue siendo una fórmula opresora siempre y cuando no integre en sí la *vita contemplativa* (Han, 2015, p. 141).

Una *vita contemplativa* que nada tiene que ver con la apatía, el aburrimiento o la dejadez, sino con la lentitud, la contemplación y el sosiego. Una vida, en definitiva, a fuego lento; una vida, también sea dicho, que no reniega del trabajo, sino que verdaderamente le devuelve la dignidad: “La *vita contemplativa* sin acción está ciega. La *vita activa* sin contemplación está vacía” (Ibíd. p. 160).

Quizá de esta forma, entendiendo ambas facetas como dos caras de la misma moneda, la vida *amplia y bella*, tendríamos menos probabilidades de comprender por qué el escribiente Bartleby acaba enconado en su famoso “I would prefer not to” (preferiría no hacerlo) ante cualquier tipo de demanda por parte de su jefe (Melville, 2008). La *inacción* de quien ha perdido el interés por la propia vida y que, finalmente, muere por mera *inanición*, tanto física como anímica.

Todo ello unido al gusto por los pequeños detalles, por lo próximo, algo que Josep María Esquirol, con claras alusiones existencialistas, ha concretado en lo que ha denominado la *resistencia íntima*. Una resistencia del significado, del sentido, de letra minúscula, como respuesta al abismo. “La vida, disfrutando de la vida” (Esquirol, 2018, p. 74). Una resistencia hogareña, de vecindad y cercanía, donde sin duda podríamos

cultivar nuestra huerta con mucho mimo, aceptando el presente, que no simplemente el instante -recordemos la *estaca del instante* que, según Nietzsche, ataba al animal-. Lo más profundo, también nos dice, reside en lo más cercano, y de ello emerge la *confianza* en el “ir tirando” (Ibíd., p. 75). Una *confianza* -esperanza firme-paradójicamente *desesperanzada*.

5. ¡ABANDONAD TODA ESPERANZA!

No, no entramos al infierno; tan sólo volvemos al terreno pedagógico. Como puede observarse, la ponencia aboga por una educación para la indignación, el compromiso y la *esperanza*. En estas líneas finales abogaré por una *pedagogía de la desesperación*.

¿Qué es, en verdad, la esperanza? El filósofo André Comte-Sponville se decanta por afirmar: “Toda esperanza es un deseo; pero no todo deseo es una esperanza” (Comte-Sponville, 2010, p. 31). Así, relacionando la felicidad con la pérdida de la esperanza, nos dice: “esperar es desear sin gozar, sin saber y sin poder” (Ibíd., p. 36). Sin gozar, pues el placer siempre está por venir; sin saber, pues no hay esperanza sin incertidumbre; sin poder, pues escapa a nuestro control. No es raro, por tanto, que los estoicos consideraran la esperanza como una pasión, una debilidad, y no como una virtud.

Siguiendo el hilo, y aceptando que estos tres componentes escapan de la esperanza por definición, ¿cómo no abogar por una pedagogía *desesperanzada*, o de la *desesperación*, que nos ayude a encontrar el sentido a nuestras vidas aquí y ahora, en este Reino del presente?

Siendo honestos, hemos de matizar el título de este apartado, pues abandonar *toda* esperanza, por no ser humano, sería imposible. El propio Comte-Sponville lo acepta:

No se trata de prohibirse esperar: se trata de aprender a pensar, a querer y amar [...] Aprendan mejor a desarrollar su parte de sabiduría, de *potencia* [y no de carencia, tal y como acepta el deseo Platón], como diría Spinoza, es decir, de conocimiento, de acción y de amor [...] aprendan a pensar, aprendan a querer un poco más y a amar un poco mejor. (Ibíd., pp. 50-51).

Bajo estas premisas, es inevitable relacionar el placer, el conocimiento y la acción con los tres pilares clásicos de Pestalozzi: Corazón, Cabeza y Mano, respectivamente. Algo que en otro momento también debatimos (González-Geraldo y Jover, 2011; Jover y González-Geraldo, 2013) y cuyas implicaciones quizá pudieran ampliarse en otro foro, en otro momento.

De momento, bástenos este breve periplo filosófico para concretar ciertos aspectos educativos que no son ajenos al sentido ético que subyace a cualquier vida, pues todas, tras los recodos de los sinsentidos, tienen valor. En el párrafo final de su ensayo, William James nos dice: “Believe that life *is* worth living, and your belief will help create de fact” (1895, p. 24). Una *creencia* que subyace a toda esperanza, y que quizá explica por qué lo único que se quedó dentro de la caja de Pandora fue, precisamente, la esperanza.

Referencias

- Camus, A. (1973). *El mito de Sísifo*. Losada: Buenos Aires.
- Comte-Sponville, A. (2010). *La felicidad, desesperadamente*. Barcelona: Paidós.
- Esquirol, J. M. (2018). *La Resistencia íntima*. Acantilado: Barcelona.
- González Geraldo, J. L. y Jover, G. (2011). De la sociedad de la información a la sociedad de la sabiduría: reflexiones desde la sociedad del conocimiento. Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación. Barcelona.
- Han, B. C. (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder: Barcelona.
- James, W. (1895). Is life worth living? *International Journal of Ethics*, 1, 1-24.
- Jover, G. y González-Geraldo, J. L. (2013). Recreación del Espacio Europeo de Educación Superior en el horizonte de la sociedad de la sabiduría: hacia un nuevo escenario docente. *Teoría de la Educación: Educación y Cultura en la Sociedad de la Información*, 14(3), 5-24.
- Martínez, M. et al. (2016). *La educación, en teoría*. Madrid: Síntesis.
- Mallock, W. H. (1880). *Is life worth living?* Nueva York: Putnam's Sons.
- Melville, H. (2007). *Bartleby el escribiente*. Nórdica: Madrid. [Original de 1853].
- Sartre, J. P. (1946). *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires: Losada.
- Voltaire. (1759). *Cándido o el optimismo*. Barcelona: Edhasa [editorial de 2004].
- Zapffe, P. W. (2004). The Last Messiah. *Philosophy Now*, 45, 35-39. [Original de 1933].